

**Alexander Etkind, Rory Finnin y otros, *Remembering Katyn*. Cambridge: Polity Press, 2012, 185 pp.**

En la primavera de 1940, concretamente entre los meses de abril y mayo, algo más de un año antes del inicio de la Operación Barbarroja y casi un año después de la invasión soviética de Polonia contemplada en el Pacto Ribbentrop-Mólotov, el *Narodnyy Komissariat Vnutrennikh Del*, es decir, el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos –más conocido por sus siglas NKVD–, ejecutó en diversos puntos de Ucrania, Rusia y Bielorrusia a unos 22.000 ciudadanos polacos y de otras nacionalidades, miembros en su mayoría de la burguesía, la élite cultural y el ejército, con el objetivo de hacer desaparecer a la *intelligentsia* de aquel país, afianzando de este modo el control soviético de Polonia. Esta masacre fue una entre muchas de las que acontecieron en Europa durante el periodo de entreguerras y, fundamentalmente, en el lapso temporal que abarca desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial en 1939 a su final en 1945, sin dejar tampoco de lado los procesos de depuración y expulsión étnica y política que jalonaron los primeros años de la segunda posguerra europea.<sup>1</sup> Sin embargo, Katyn, uno de los escenarios donde tuvo lugar esta masacre y el que ha epitomizado a sus semejantes –por ser el primero en descubrirse–, ha adquirido con el paso del tiempo una relevancia esencial no solo para entender los procesos de violencia que caracterizaron el ya mencionado periodo de entreguerras –ni siquiera para comprender las dinámicas represivas del sistema estalinista–, sino fundamentalmente para comprender, en buena medida, la construcción identitaria de la Europa Oriental postcomunista. Y es precisamente de esto de lo que habla la obra que voy a reseñar: de cómo un episodio concreto, si bien muy significativo y, si se me permite el calificativo, “corriente” –en el contexto temporal en el que aconteció–, ha ejercido de punto referencial para la construcción de la memoria, y al mismo tiempo de la identidad nacional, en los países que se encontraban tras el Telón de Acero. Pues no es sino el diálogo que sus sociedades y gobiernos han entablado con Katyn lo que, en buena medida, permite abordar dichas dinámicas constructivas.

La primera lectura que puede extraerse del libro coordinado por Alexander Etkind y Rory Finnin es que Katyn, como ya he apuntado, va mucho más allá de cuatro –los confirmados por el momento, aunque podría ser alguno más– lugares donde las autoridades soviéticas fusilaron polacos, ucranianos o bielorrusos, a principios de los años cuarenta. Porque es precisamente esto último lo que confiere a Katyn un significado trascendental, el hecho de que fuese un lugar de muerte –y “lugar de memoria” también–, que implica a ciudadanos de varios países y, por ende, esté imbricado con los distintos procesos de construcción nacional. Así, Katyn es un escenario de memoria transnacional, algo que los autores han convertido en el eje fundamental de la obra, en la medida en que, más que una historia de Katyn como conjunto, han abordado un análisis del suceso desde las ópticas de los diferentes países implicados. Algo que, por su parte, permite rastrear mucho mejor las consecuencias y las derivaciones que del mismo se desprenden y, en última instancia, la evolución de las políticas de memoria y las identidades ligadas a ellas tras la caída del comunismo; todo en relación con los nuevos equilibrios de poder, pivotantes en torno al foco ruso, que han surgido en el este de Europa. De esta forma, vemos cómo mientras que para el caso

---

<sup>1</sup> Respecto a esta cuestión resulta fundamental la obra de Keith Lowe, *Continente salvaje. Europa después de la Segunda Guerra Mundial* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2012).

polaco, evidentemente, o para el caso de los países bálticos, Katyn ha constituido un referente fundamental en las reivindicaciones nacionales como contraposición al dominio soviético (pp. 15 y 91), en Bielorrusia este proceso ha discurrido de forma opuesta, ya que las autoridades operaron sobre este episodio un silencio institucional durante muchos años (p. 79). De hecho el caso bielorruso es bastante significativo puesto que desde el Estado se optó por no recordar los crímenes cometidos por el NKVD, como los del bosque de Kurapaty, pero sí los que fueron obra de los nazis, como los de Khatyn –un lugar específicamente escogido por su parecido nominal con Katyn–; y, cuando se ha vuelto la vista atrás hacia los crímenes del estalinismo, se ha hecho especial hincapié en la necesidad de no remover demasiado el pasado para así evitar que episodios similares vuelvan a ocurrir y que sucedan de nuevo otros “Katyn” (p. 88) Lo que, a su vez, recuerda en buena medida al discurso que sobre la memoria histórica y la violencia en la Guerra Civil Española y durante el franquismo emana habitualmente desde las filas del conservadurismo español.<sup>2</sup>

Sea como fuere, además de la idea de Katyn como un lugar de memoria transnacional, la segunda gran línea por la que discurre la obra de Etkind y Finin es la de entender Katyn no ya como un lugar de violencia y de memoria, sino como un concepto en sí mismo. Es decir, Katyn tiene otra dimensión, más abstracta, que trasciende al episodio concreto de las masacres cometidas por el NKVD, y es aquella que le permite epitomizar toda una serie de procesos de violencia acontecidos en Europa Oriental, ejerciendo como elemento definitorio y comparativo de primer orden. Esto, por ejemplo, podemos verlo claramente en la aproximación que se hace en el libro a la historia de Katyn en Ucrania. Dicho país alberga dos de los lugares donde fueron ejecutadas y enterradas las víctimas de Katyn, en concreto Bykivnia y Kharkiv –este último próximo al campo de concentración de Starobil’s’k, en el que muchas de ellas estaban internadas–. Sin embargo, pese a que en Ucrania tuvieron lugar una parte significativa de las masacres de Katyn, este episodio no es tan recordado como tal sino, más bien, como una representación de la violencia que las autoridades soviéticas implementaron contra los propios ciudadanos ucranianos. Algo que, aun considerando el menor peso a nivel social que la memoria de la represión soviética tiene en Ucrania si lo comparamos con el caso polaco, da buena muestra de esa idea Katyn como concepto que reúne todo ese potencial explicativo y simbólico. Un potencial que, igualmente, podemos ver para el caso de los estados bálticos, si bien en este caso Katyn simboliza también los crímenes cometidos durante la invasión y ocupación nazi.<sup>3</sup> Es decir, Katyn resurge como constructo conceptual que, por su relevancia factual y por la que ha adquirido al calor de su elaboración memorística, es capaz de concentrar en sí mismo todo el simbolismo de la violencia estalinista.

Un tercer ámbito que se aborda en la obra es la lucha contra el comunismo que las diferentes oposiciones políticas en países como Ucrania o Polonia llevaron a cabo,

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, en “Rajoy: ‘Abrir heridas del pasado no conduce a nada’”, *El País* (Madrid), 2 de septiembre de 2008, [http://elpais.com/elpais/2008/09/02/actualidad/1220343425\\_850215.html](http://elpais.com/elpais/2008/09/02/actualidad/1220343425_850215.html) o en “Pablo Casado pide no sacar de contexto sus palabras sobre la Guerra Civil y dice que su abuelo fue víctima del franquismo”, *El Mundo* (Madrid), 19 de junio de 2015, <http://www.elmundo.es/espana/2015/06/19/5583ef66268e3e242e8b4578.html> [consultados 1 diciembre de 2015].

<sup>3</sup> Europa Oriental como escenario de violencias bidireccionales, por parte de las ocupaciones nazi y soviética, en Timothy Snyder, *Tierras de sangre. Europa entre Hitler y Stalin* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2011).

fundamentalmente desde el exilio. En estos procesos, uno de los principales elementos en disputa era la legitimidad de cada una de las partes y, en ese sentido y para los opositores, era sustancial el poner de manifiesto los crímenes cometidos en el contexto del periodo de entreguerras y la Segunda Guerra Mundial por parte de las autoridades soviéticas, algo en lo que Katyn jugó un papel crucial. Así, atacar la memoria que el comunismo había construido en torno al episodio de Katyn en la famosa comisión Burdenko de 1944 –que cuestionaba la investigación alemana de 1943 en la cual se concluía que el NKVD había sido el responsable de las masacres– implicaba, a ojos de la oposición, atacar los mismos fundamentos de la Polonia comunista (p. 24). En cierto modo, la construcción de los regímenes comunistas en Europa Oriental tuvo como una de sus bases legitimadoras la lucha contra el enemigo nacionalsocialista en la guerra –aún cuando en diversos países la resistencia se enfrentó por igual a alemanes y a soviéticos<sup>4</sup> y, en ese sentido, el desenmascaramiento de la violencia que los nuevos ocupantes implementaron se tornaba esencial como forma de lucha directa contra los gobiernos comunistas. Algo similar a lo que sucedió en Ucrania, donde los opositores aprovecharon la especial significación del episodio de Katyn utilizándolo como un concepto propio que englobaba masacres como la de Vinnytsia, en la que el NKVD torturó y asesinó a más de 9.000 ucranianos y otros ciudadanos soviéticos, y que servía para elaborar un discurso que disputase el relato construido por las autoridades socialistas sobre las décadas de los treinta y los cuarenta.

De la misma forma, *Remembering Katyn* nos acerca a otra de las principales problemáticas, tanto a nivel político como memorial, que existen actualmente en el espacio de Europa Oriental, y que tiene que ver con el modo en que Rusia ha decidido afrontar su pasado traumático y la relación con los pasados traumáticos de estos países. En este sentido, la obra dedica un capítulo al modo en que Katyn ha sido abordado por el estado ruso post-soviético pero, igualmente, dedica otro a las formas de representación y monumentalización de la masacre en la propia ciudad de Katyn. Y son dos las principales conclusiones que se pueden extraer de la lectura de ambos capítulos: por un lado, que Rusia ha buscado desactivar todo el potencial simbólico de Katyn mediante diversas formas que, de uno u otro modo, terminaban por no situar en primer plano y de forma unívoca el asesinato de los ciudadanos polacos a manos del NKVD; y, por otro lado, que la postura rusa adolece de una falta de transparencia, fundamentalmente en lo que a la apertura de archivos refiere. Respecto al primer punto, los autores hacen referencia a uno de los discursos de Vladimir Putin en el que el presidente ruso apuntaba que Katyn era, en su opinión, una respuesta de Stalin a las muertes de prisioneros soviéticos de la guerra polaco-soviética de 1920 en campos de ese país. Es decir, que más que una muestra de la crueldad del sistema estalinista, era una respuesta –lógica, hasta cierto punto, según se desprende de las palabras de Putin– a un acto de barbarie cometido anteriormente por los polacos, lo que en buena medida “repartía” la culpa entre ambos países.

De hecho, la propia monumentalización del espacio de muerte en la ciudad de Katyn sigue una línea muy similar. El espacio dedicado a los polacos se ve ampliamente sobrepasado por el dedicado a otros ciudadanos soviéticos y, además, el recinto incluye también un monumento erigido en memoria de 500 prisioneros de guerra asesinados por los nazis, según la Comisión Burdenko –algo que no se ha podido probar hasta la fecha,

---

<sup>4</sup> Ver José M. Faraldo, *La Europa clandestina. Resistencia a las ocupaciones nazi y soviética* (Madrid: Alianza, 2011).

según los autores—. Es decir, que se da una resignificación de Katyn como un espacio memorial donde la masacre de los polacos es, en cierto modo, desplazada y donde, del mismo modo, la propia violencia del estalinismo no adquiere el protagonismo principal al hacerse referencia también a los crímenes del nacionalsocialismo.

Respecto a lo segundo, si bien es cierto que Rusia ha reconocido su responsabilidad en las masacres de Katyn, aunque con muchos asteriscos como veíamos antes, no es menos cierto que ese discurso ha quedado confinado al plano de lo público, ya que no se ha visto acompañado de un desarrollo real en las instituciones del estado ruso. En este sentido, los numerosos procesos que los descendientes de los asesinados de Katyn han intentado llevar a cabo para exonerar y rehabilitar a sus familiares ante la justicia rusa se han topado con los tribunales de ese país, que sistemáticamente ha desestimado las demandas presentadas en base a tecnicismos. De la misma forma, existe un bloqueo archivístico que impide rastrear los pocos trazos –burocráticos en este caso– existentes de la masacre, algo especialmente importante debido a la inexistencia de testigos vivos que puedan dar cuenta de lo que allí sucedió. Lo que, unido al rechazo sistemático por parte de los tribunales, deja un panorama en el que se observan pocos cambios respecto a la actitud de silencio y ocultamiento propia de la época soviética, algo que los autores subrayan en ambos capítulos.

En definitiva, *Remembering Katyn* viene a ser como una metáfora de la propia Katyn en tanto que es una obra que, además de explicar la historia de cómo el discurso memorial sobre las masacres se fue construyendo durante los años de las repúblicas soviéticas y posteriormente en democracia, aborda cuestiones que van más allá de la violencia, como la construcción de las identidades nacionales en el espacio post-soviético o las jerarquías establecidas entre Rusia y los nuevos estados emergentes. Y, quizá, la propia relevancia de Katyn como episodio y concepto que trasciende más allá de sí mismo tenga que ver con la naturaleza y desarrollo de las masacres. Como bien recuerda el capítulo que analiza el filme *Katyn* que el director polaco Andrzej Wajda estrenó en 2007, la memoria de los asesinatos no es sino una “metamemoria”, en tanto en cuanto la inexistencia de testigos o de pruebas documentales directas, más allá de las fosas comunes, conduce a que solo pueda hablarse del relato que sobre Katyn se construyó. Y esa falta de memoria directa, ese gran silencio –y silenciamiento, y precisamente en esa dualidad está la clave– es lo que confiere a Katyn un poder simbólico tan grande como elemento representativo del potencial represivo estalinista, porque el gran vacío que porta puede llenarse de otras memorias y de otros procesos que utilizan a Katyn como pátina alegórica y fortalecedora. Ese es, entiendo, el elemento último que subyace a toda la obra de Etkind y Finnin y el que, en buena medida, sigue definiendo un proceso hoy en día inacabado.

Miguel Alonso Ibarra  
Universitat Autònoma de Barcelona  
miguel.alonso.ibarra@gmail.com

Fecha de recepción: 4 de diciembre de 2015.

Fecha de aceptación: 17 de diciembre de 2015.

Publicación: 31 de diciembre de 2015.

Para citar este artículo: Miguel Alonso Ibarra, “Alexander Etkind, Rory Finnin y otros, *Remembering Katyn*. Cambridge: Polity Press, 2012, 185 pp.”, *Historiografías*, 10 (julio-diciembre, 2015): pp. 156-160.

<http://www.unizar.es/historiografias/historiografias/numeros/10/alonso.pdf>